



J. Dąbrowski
2001

Manuel Lobo Cabrera

Pregón del año 1999

A lo largo de la vida uno va conociendo nuevos amores, en función de distintas circunstancias. En nuestro caso uno de esos amores es Agaete, al que comenzamos a conocer de verdad hace ya unos cuantos años cuando, junto con mi familia, decidimos elegir esta zona de Gran Canaria para sustraernos del agobio de nuestra capital y de nuestro trabajo cotidiano.

A partir de ahí nos fuimos sintiendo como un morador más de este pueblo, que navega entre lo tradicional y lo moderno, donde quienes lo eligen se encuentran verdaderamente en su tierra y donde el contacto con sus gentes se hace cada vez más fuerte. Esta querencia nuestra por esta tierra ha ido en aumento con el correr de los años y con el conocimiento cada vez más intenso que hemos ido teniendo de cada uno de sus rincones, de sus tradiciones, de sus fiestas, de su artesanía, de su patrimonio, de su carácter lúdico y de su sentido artístico y de la libertad.

Ese amor, –y es una suerte porque no siempre es así–, nos ha sido correspondido en distintas ocasiones y en diferentes momentos, y en especial hoy, en que nos presentamos aquí con un cometido muy especial, gracias a la invitación que nos ha hecho el alcalde-presidente de la Corporación municipal, en nombre de todo el pueblo que él representa, para abrir de forma solemne los actos de la fiesta mayor de esta villa marinera, la de Nuestra Señora de Las Nieves asociada a La Rama, tan vinculada a los hombres del mar y al conjunto de la población que se extiende desde el Atlántico hasta la cumbre y desde el este hacia el oeste. Y con ello velo un sueño, el de un canario que ama a esta villa de Agaete.

Venimos por tanto a pregonar las fiestas, unas fiestas antiquísimas, que rememoran el rito de una celebración gentil. Es el momento en que se da el punto de salida, aunque el anuncio de las mismas se hace siempre con la subida de la bandera, el domingo anterior, y es también el momento en que los hijos de Agaete comienzan a llegar para rememorar una tradición permanente y una invocación que durante cinco siglos se ha ido manteniendo, gracias a la perseverancia de sus vecinos, que no han desmayado para mantener algo propio, que ha ido calando entre las distintas generaciones que se han ido sucediendo en este

solar, para ofrecerla como un trofeo a los visitantes que por estos días se acercan hasta la Villa, junto con la hospitalidad y nuestra forma de ser.

De este modo se renuevan las fiestas que desde la primavera, coincidiendo con el despertar de la naturaleza y de las actividades agrarias, inician el ciclo festivo en nuestros pueblos. Desde la primavera al otoño todas las islas celebran distintas festividades que recuerdan tradición, costumbres e incluso devociones ancestrales. El ciclo se cierra al final de verano, pero es agosto, junto con septiembre, el mes de la Virgen por excelencia, que se inicia de manera especial con la celebración de Las Nieves.

En estas fiestas se une el rito de lo pagano, de nuestros ancestros, con la celebración cristiana de Las Nieves, advocación que como tantas otras se asimila a María, la Madre de Dios. Este patrocinio es legendario, tanto como la fiesta de la Rama, pues ambas celebraciones se hacían a la par, una en esta tierra de Gran Canaria y otra en Roma, que es donde nace la advocación de la Virgen de Las Nieves. Cuenta la tradición que a comienzos del siglo IV vivía en Roma, un ilustre patricio, de una antigua familia consular, que, como no tenía hijos, resolvió de acuerdo con su mujer consagrar su cuantiosa fortuna a Dios que se la había dado. Muy preocupado estaba con su proyecto el matrimonio, cuando la Virgen les hizo saber que ella sería la heredera, con esta mandato: "Me edificaréis, les dijo, una basílica sobre la colina de Roma que mañana aparezca cubierta de nieve". Esto sucedía en la noche del 4 al 5 del agosto, época en que los calores en Italia son más intensos. Al día siguiente el monte Esquilino apareció cubierto de nieve, y la ciudad en masa se trasladó al lugar del milagro. El patricio Juan, que así se llamaba el fundador, y el Papa Liberio acudieron también acompañados de todo el clero. Se publicó luego la causa del prodigio, se edificó la iglesia a expensas de los esposos y se le dio el nombre venerable de Nuestra Señora de Las Nieves, que aún hoy en día se conserva. La fiesta de Nuestra Señora de Las Nieves nos trae pues a la memoria de donde arranca el nombre y el singular milagro que se obró.

Seguramente por las mismas fechas en que se obraba el milagro para la comunidad católica italiana, muy lejos de Italia, a orillas del Atlántico, los indígenas de Gran Canaria, también con el objeto de interceder ante las fuerzas sobrenaturales, y en especial ante la diosa madre, de quien dependían las cosechas, –y a la que cuando se inicia el proceso de cristianización en Canarias los aborígenes denominan la madre del que carga el mundo, es decir la madre de Dios–, celebraban en el estío una fiesta en la cual para pedir la solicitud del cielo ante su sequía y necesidad primaria, subían a los montes a buscar las ramas y con ellas en alto, y al ritmo de un baile ancestral, se dirigían al mar donde batían las ramas en el agua para provocar la lluvia.

La unión de ambas celebraciones es lo que hoy nos une, y nosotros como humildes pregoneros, a la manera de los antiguos paraninfos griegos, de los senadores romanos y de los pregoneros de la Edad Media, que igual que comunicaban al pueblo las principales noticias y acontecimientos, también daban las buenas nuevas, quiero darles la bienvenida al inicio de estas fiestas; fiestas que propician la convivencia entre los vecinos y los forasteros, la alegría de las gentes y los recuerdos, y a la vez reivindicar nuestras costumbres, unas costumbres que estamos obligados a mantener y a conservar con la mayor de las purezas, despojándolas de elementos extraños, por respeto a nuestros mayores y a las nuevas generaciones, a las cuales estamos obligados a transmitir-las. Sin embargo de aquella fiesta de La Rama aborigen, a la que conocemos hoy, nos separa mucho trecho, pues por más que lo deseemos, hoy no podemos invocar a la lluvia acariciando con ramas el mar, aunque perseveremos en el intento.

El sentido mágico de la fiesta, es decir, aquel que movía a nuestros antepasados a renovarlo cada año, desapareció con sus primeros protagonistas; hoy no podemos resucitar a las harimaguadas ni a los faicanes, que iniciaban el cortejo, y acompañaban al pueblo a la cumbre para arrancar las ramas y bailar con ellas, pero hemos hecho entre todos pervivir su entraña popular, el espíritu colectivo, el espíritu del pueblo que se asocia y se confunde con la fiesta.

Es por tanto esta festividad, la de Las Nieves y la de La Rama, la que mantiene con mayor rigor nuestras pervivencias, y nuestros más claros vestigios aborígenes, con la subida a los montes, por el camino del Valle hasta Tamadaba, a recoger la rama y danzar con ella hasta la extenuación para llevarla al mar, y allí ponerla a los pies de la Virgen. Es esa danza prolongada, rítmica y ancestral, fruto de un alma colectiva que se une en un estado de intemporal trance, una danza formada por una gran masa humana que, evocando la rica tradición, cargada de sentido mágico y religioso, expresa ansias y sentido de libertad. A la vez que al agitar las ramas, como hicieran nuestros antepasados, creamos un sentido de identidad popular, que poco a poco, y hoy como ayer, se va apoderando de los participantes, al ritmo de la Madelon.

Si lo indígena se pierde en el tiempo, como fruto de una civilización pasada, la advocación de Las Nieves en Agaete se implanta en el período de la conquista. En lo que hoy conocemos como Puerto de Las Nieves, y que tanto ha hecho soñar a poetas y a artistas, desembarcó a finales del siglo XV el conquistador Alonso Fernández de Lugo, y allí, entre lo negro de las coladas volcánicas y el azul de océano, creó el primer poblado, cerca de donde había construcciones aborígenes, y allí se fortificó, creando un lugar de culto en honor a Nuestra Señora de Las Nieves, cuya advocación desde Italia se había introducido en

Andalucía de donde él procedía, y fue él, según algunos cronistas, quien trajo la primera imagen, que bien pudo trasladar desde la Península como un trofeo de victoria para las empresas militares que la Corona de Castilla le encomendaba bajo la órdenes del gobernador Pedro de Vera, aunque también cuenta la tradición, y así lo narra uno de nuestros historiadores, que Lugo cuando llegó a las playas de Agaete "halló entre las piedras una imagen de Nuestra Señora, quebrada y despegada la cabeza del Niño, de barro colorado muy fino", con lo cual también se puede pensar que fuera traída esta primera imagen por los mallorquines o portugueses que transitaron por nuestras aguas.

Fue el primitivo oratorio, un modesto y reducido santuario, donde se congregaron las huestes de Lugo y otros caballeros para hacer oración. Aquel minúsculo recinto sagrado, del recién creado poblado castellano, se asentó en los mismos terrenos donde los canarios prehistóricos alzaron sus viviendas de planta cruciforme y sus túmulos. Sin embargo Lugo, una vez concluida la conquista de Gran Canaria, no quedó mucho tiempo en el lugar y buscó nuevas empresas, entre ellas la conquista de las islas de La Palma y Tenerife, y cómo no iba a buscarlas cuando cada día se le aparecía en el horizonte la imagen permanente del Teide.

Cuando inicia sus preparativos para llevar adelante la conquista de La Palma, no prescindió de llevarse consigo la imagen de la Virgen, sino que por el contrario le acompañó en su nueva empresa y con él partió desde el Puerto de Las Nieves rumbo a La Palma, donde habría de quedarse para siempre, tal como nos refieren algunos de nuestros historiadores, así uno de ellos nos dice que Lugo mandó a hacer en aquella isla "una capilla al Arcángel San Miguel con Nuestra Señora de Las Nieves que trajo consigo de Canaria habiéndola tenido en el Gaete".

Sin embargo la advocación actual y a quien se le rinde homenaje hoy, es a otra imagen en tabla, de origen flamenco, donada por Antón Cerezo y por su mujer Sancha Díaz de Zorita, los mismos que hoy cuentan con dos calles en Las Nieves, que llevan su nombre. Estos, en 1532, firman una escritura en Gáldar por la cual se comprometían a fabricar en el lugar de Agaete un monasterio de religiosos en honor a la Virgen; en dicha escritura indican que dan para hacer y fabricar la capilla de Nuestra Señora de Las Nieves un retablo grande de la Virgen María, de pincel, con señor San Antón y San Cristóbal, una peana con los doce apóstoles, y los retratos de él y su mujer. Este retablo al cual se refiere Antón Cerezo es precisamente el que hizo traer de Flandes, por medio de su hijo Galeote, como producto de la venta de azúcares y remieles que desde Agaete exportaba a Amberes. Se ha discutido la advocación de la Virgen, pero lo cierto es que el genovés deja claro en su testamento que el retablo se ubique en la

Iglesia de Las Nieves; sin embargo da la sensación de que la tabla no se traslada hasta su ubicación final en el siglo XVII, pues justamente en este siglo y en 1687 es cuando en el libro de fábrica de la iglesia parroquial, se reseña la Ermita de Las Nieves y se señala que allí se encuentra un retablo de madera "en que está una hechura de Nuestra Señora de Las Nieves y a los lados tres retratos que parecen ser de los fundadores".

Pero la advocación a Las Nieves se mantuvo sin interrupción, pues allí cantó su primera misa ante la Virgen nuestro primer y más insigne poeta, Bartolomé Cairasco de Figueroa, quien en su Templo Militante dedica varios versos a la Virgen y a la ermita, que dicen así:

"Aquella voluntad pura y honesta
Princesa de los Ángeles María,
Que en mí de celebrar la ilustre fiesta
De tu cándida Nieve, estar solía

Junto a las olas fabricó la Hermita
Enriquecida de aparato y renta,
Hermita, más gran Templo en cuanto imita
La casa original que representa
De mil curiosidades sobre escrita:
al tiempo largo ha hecho ilustre afrenta
a la Reyna del Cielo es consagrada:
Que tiene por blasón la nieve elada".

Ha sido esta Virgen de Las Nieves la que ha acompañado a las gentes de Agaete en todos los momentos de tribulación, bien afectara a sucesos internacionales, nacionales o locales. En los momentos de mayor calamidad se acudía al remedio de la Señora, en especial cuando se cernía sobre los moradores el drama de la desgracia, o cuando los hombres del mar no llegaban en el tiempo previsto; era ahí cuando a sus mujeres sólo les quedaba el remedio y la esperanza de que la Virgen se los devolviera sanos y salvos, y a ella acudían iniciando su plegaria con Virgen de Las Nieves, por lo que de todo ello queda constancia en los numerosos exvotos, en forma de barquitos de pesca, que se encuentran en la ermita. Por ello, el día de la Virgen son los pescadores y marineros, junto con sus mujeres, los que la acompañan en su tradicional procesión, rememorando un rito ingenuo, que es la subida de la Virgen al pueblo, el cual para agradecerle ese don la recibe con una explosión ensordecedora de una traca interminable que mueve los cimientos de Agaete, corno símbolo de la unión de la Virgen con su gente.

Si traemos a colación estos recuerdos y estos sentimientos para festejar a Nuestra Señora de Las Nieves y a la vez al rito pagano que se asocia a ella, también lo traemos para festejar Agaete. Aquel Agaete del cual tenemos recuerdos difusos de nuestra niñez y de nuestra adolescencia. De aquella playa que a sus pies se mostraba bravía y que en ocasiones desbordaba sus límites, donde el mar con su fuerza, a veces, y su apacibilidad, en otras, iba dejando ecos lejanos de tantos hombres y mujeres del lugar que se encontraban ausentes, y que en el día de Las Nieves esos ecos iban llegando a través de él como murmullos y recados de honor a su tierra, como plegarias silenciosas que querían transmitir a la Señora. Quién sabe las peticiones, las promesas y los pensamientos que las olas se han encargado de transmitir en silencio de orilla a orilla, para que entraran en la ermita y se acercaran a la Patrona. Del mismo modo hoy también se antoja tan lejano aquel camino que había que transitar desde la calle Bravo Murillo, en Las Palmas, donde estaba AICASA, hasta llegar a Agaete, pasando por todo el norte de Gran Canaria, y atravesando la Cuesta de Silva, igual que hiciera el noble portugués Diego de Silva, quien lleva su nombre, para por fin después de remontar Guía y Gáldar llegar a Agaete, donde se hacía parada antes de seguir para La Aldea. Y aquí hoy también me quiero parar, junto al bar de los Medina y la tienda de Antoñito, hoy El Perola, para evocar un poco de la historia de este pueblo. Un pueblo que llama la atención por la blancura de sus casas, por la limpieza de sus calles, por el canto hoy lejano de aquellas mujeres que pregonaban el pescado, el pescado más fresco, decían, de Gran Canaria, que salía por ese mar, el mismo por donde Agaete exportaba sus frutos y por donde se comunicaba en el pasado con otras zonas de la isla y también con Tenerife, como hoy hace el ferry que ha cambiado la fisonomía del puerto.

Este Agaete se levantó sobre un poblado indígena, a la vera del barranco, para aprovechar las cuevas que había en su entorno y las aguas claras que desde Tamadaba discurrían barranco abajo. Cerca de la iglesia parroquial y por las laderas que subían a San Sebastián existían cuevas y casas de piedra seca que fueron aprovechadas por la antigua población y por la que tras la conquista decidió quedarse por estos lares. Tanto Lugo como algunos de sus hombres fueron agraciados con lotes de tierra, que fueron aprovechados para iniciar el cultivo de la caña de azúcar y poner en marcha los ingenios azucareros. Por estos ingenios pasaron distintos propietarios en su mayoría italianos, como fueron Antón Cerezo, Francisco Palomares, Nicolao de Franquis, que unieron a su amor a la tierra su devoción por la Virgen de Las Nieves, la misma que hizo aquel milagro en Roma.

Junto a ellos y al calor de los ingenios llegaron gentes de otras procedencias, hombres libres que alquilaban sus brazos para trabajar en las cañas y

nuevos pobladores, así como esclavos necesarios para el duro trabajo. Entre los pobladores recibieron tierras Antón de Quintana que fue agraciado con lotes en las faldas de Tamadaba, Oracio Pabón y Sebastián del Hierro, sin contar los indígenas que fueron asimismo agraciados con algunos lotes como el propio Fernando Guanarteme que recibió el valle de Guayedra, y Hernán Sánchez Bentidagua, uno de sus primeros alcaldes. Fueron estos primeros pobladores de apellidos Armas, Mayor, Olivares, Sosa, Godoy, Nuez, Lorenzo, Cruz, Saavedra y otros tantos, los que iniciaron el primer poblamiento y el primer comercio de Agaete con el exterior, tanto con la ciudad de Las Palmas como con Flandes, adonde se exportaban los azúcares que producían sus tierras. Y fueron esos mismos y sus descendientes los que hicieron de los alrededores del barranco y del valle una vega fértil, la más hermosa huerta que había por estos lares, gracias a los verdaderos artesanos de la tierra, los labradores, que con su esfuerzo y sus manos, junto con la tierra y el agua convirtieron los alrededores de Agaete en un jardín donde todo se daba, desde la caña de azúcar al café, pasando por frutos tropicales como los mangos, los papayos, los aguacates, las granadas, el tabaco, el plátano, el millo, los tomates y tantos y tantos frutos, que aún hoy son una reliquia del pasado.

A pesar de ello el lugar no era muy rico, una vez que la caña desaparece, y su crecimiento se hace lento, así en el primer tercio del siglo XVII se dice que tiene el lugar 40 vecinos, y en el siglo siguiente llega a 168, repartidos por todo el territorio, para llegar al siglo XIX en que ya se habla de la existencia de 266 casas arruadas. Y en ese siglo, a pesar de su pobreza sigue llamando la atención de los visitantes por sus casas blancas y sus techos grises, todas terrera, excepto la de don Antonio Armas, por la cascada de agua que caía sobre el basalto en el barranco, y por este huerto, en el que hoy nos encontramos, que en palabras de una autora inglesa era como una selva de vegetación exuberante donde convivían con los naranjos, los mangos y las guayabas. Es esta misma autora la que nos da una lista de las ventajas del Agaete de aquella época que consistía en tener un bonito valle, un buen clima, muchas frutas, mucho y buen pescado, nacimiento de aguas, existencia de un cementerio de antiguos canarios, un buen puerto y una carretera que se estaba construyendo, quizá la misma que hoy, y unas bellas mujeres, algunas hermosas, un hecho nada despreciable desde un punto de vista artístico.

Por tanto en Agaete se ha dado siempre un contraste de color, religión y raza, sobre todo si pensamos como era el paraje de Las Nieves no hace muchos años, donde junto al malpaís, donde se hallaban enterrados algunos canarios, unimos la blancura de la ermita y junto al mar un molino de viento blanco, que mira hacia los riscos de Tamadaba y hacia la Punta de La Aldea, que cae al mar con su perfil desgarrado, dentado y serrado, tal como una masa de dientes.

Estos recuerdos históricos y esas evocaciones que hemos hecho, queremos también unirlos al pregón para que no olvidemos nunca quienes somos y de donde venimos, y para pedirles que el desarrollo que Agaete está viviendo, quizá el más fuerte de toda su historia, no nos impida perder de vista hacia donde vamos, pues hemos de conjugar el progreso y el avance con la tradición. Hoy Agaete no es sólo el nombre de una Villa del norte de Gran Canaria, ni siquiera un nombre indígena del cual nos enorgullecemos, sino que es parte del futuro, de la esperanza que subyace en el alma de las gentes de Agaete, fiel a sus tradiciones, leal con su historia y con la conciencia que rige su municipio, un municipio que jamás deberá desaparecer por la fuerza de la especulación, del abuso, y ni siquiera del desarrollismo brutal.

Por ello debemos seguir siempre en la brecha, y no autocomplacernos, y mirar hacia adelante, sobre todo en unos momentos en que nos hallamos en tránsito hacia un nuevo siglo y hacia un nuevo milenio, con la esperanza de conseguir un mundo mejor, para nosotros y para nuestros hijos, y convertirnos en un vehículo de contacto con la población foránea que decide visitarnos, sin excluir a nadie, aprovechando la oportunidad de estar en continuo contacto con culturas diferentes, para enriquecernos culturalmente pero sin olvidar lo nuestro y enorgullecemos de ello y de nuestras fiestas, y ésta en concreto debe servir como elemento difusor de nuestras costumbres, como valor primordial que ofrecer al visitante y enseñar a los extraños sus orígenes y su patrimonio, sin avergonzarnos, para revitalizar y preservar nuestra canariedad.

Finalmente quiero hacer un ruego a Nuestra Señora de Las Nieves y a todos ustedes para que nos ayuden a defender nuestro medio ambiente y nuestra playa, como marco permanente de calidad de vida y como exigencia humana de bienestar social, exigiendo, criticando pero también colaborando en la defensa de los intereses de Agaete, que en definitiva son los de todo el pueblo de Gran Canaria.

Por ello, después de estas reflexiones y sentimientos, dispongámonos alegremente a recibir a nuestros visitantes y a disfrutar de esta fiesta, tan nuestra y tan propia, la de la ancestral Rama y la de la histórica Virgen de Las Nieves.



DATOS PERSONALES:

Manuel Lobo Cabrera, nacido en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, el día 31 de diciembre de 1950, casado, con tres hijos.

TÍTULOS ACADÉMICOS:

Licenciado en Filosofía y Letras (Sección Historia) por la Universidad de La Laguna. Calificación: Sobresaliente "Cum laude". Título expedido el 15 de diciembre de 1975.

Doctor en Filosofía y Letras (Sección Historia) por la Universidad de La Laguna. Calificación: Sobresaliente "Cum laude" y Premio Extraordinario. Expedido el 5 de mayo de 1982.

PUESTOS DOCENTES OCUPADOS:

Profesor Encargado de Curso de Geografía e Historia de la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Las Palmas. Nivel D. 01-10-1975 a 30-09-1976.

Profesor Encargado de Curso de Geografía e Historia, Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Las Palmas. Nivel A. 01-10-1976 a 30-09-1977.

Profesor Encargado de Curso de Geografía e Historia, Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Las Palmas. Nivel B. 01-10-1977 a 30-09-1978.

Profesor Encargado de Curso de Geografía e Historia, Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Las Palmas. Nivel D. 01-10-1978 a 30-09-1979.

Profesor Agregado Interino de Geografía e Historia, con dedicación exclusiva, Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Las Palmas. 01-10-1979 a 30-09-1980.

Profesor Encargado de Curso de Geografía e Historia, Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Las Palmas. Nivel D. 01-10-1980 a 30-09-1981.

Profesor Agregado Numerario de Escuelas Universitarias de Geografía e Historia. Del 01-10-1981 al 21-09-1983.

Catedrático de Escuelas Universitarias de Geografía e Historia. Del 21-09-1983 al 15-01-1991.

Profesor Adjunto de Historia Moderna del Colegio Universitario de Las Palmas de Gran Canaria, con dedicación exclusiva. Del 01-10-1984 al 30-09-1985.

Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de La Laguna en excedencia voluntaria desde el año 1991.

Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria desde el año 1991 hasta la fecha.

CARGOS DESEMPEÑADOS:

Secretario de la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Las Palmas de Gran Canaria, desde el 26 de octubre de 1982 hasta el 30 de abril de 1984.

Vicerrector de la Universidad de La Laguna desde el 30 de abril de 1984 hasta el 24 de enero de 1986.

Vicerrector de la Universidad de La Laguna desde el 7 de marzo de 1986 hasta el 30 de septiembre de 1989.

Vicerrector de Investigación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria desde el 7 de abril de 1994 hasta el mes de abril de 1998.

Rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria desde el 3 de junio de 1998 hasta el presente.

ACTIVIDAD INVESTIGADORA:

La actividad investigadora y científica la ha desarrollado en los Centros de la Universidad de La Laguna y de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, así como en el Archivo Histórico Provincial de Las Palmas, en el Archivo Museo Canario, en el Archivo General de Simancas, en el Archivo Histórico Nacional, en el Archivo General de Indias, en el Archivo Museo Naval, en el Archivo Histórico Provincial de Tenerife, en el Archivo Municipal de La Laguna, en el Archivo Municipal de Madeira y en el Archivo Diocesano de Las Palmas.

Ha dirigido numerosas Tesis Doctorales e impartidos diversos Cursos de Doctorado. Asimismo, ha publicado más de un centenar de artículos y libros, entre otros:

(1982). La esclavitud en las Canarias Orientales en el siglo XVI (negros, moros y moriscos), Santa Cruz de Tenerife.

(1983). Los libertos en la sociedad canaria del siglo XVI, Madrid-Tenerife.

1988). El comercio canario-europeo bajo Felipe II, Funchal.

(1989). Monedas, pesas y medidas en Canarias en el siglo XVI, Las Palmas de Gran Canaria.

(1993). El comercio del vino entre Gran Canaria y las Indias, Las Palmas de Gran Canaria.

(1993). La "otra población": expósitos, ilegítimos y esclavos. Las Palmas en el siglo XVIII, Las Palmas de Gran Canaria.

(1995). Don Agustín de Herrera y Rojas, primer marqués de Lanzarote, Madrid. (En colaboración con Fernando Bruquetas de Castro).

Es responsable del Catálogo arquitectónico histórico artístico de la provincia de Las Palmas y ha presentado más de setenta y dos comunicación a Congresos y Seminarios de carácter científico.

Profesor invitado asociado en la Universidad de París VIII y Profesor invitado en la Universidad de Gante.

OTROS MÉRITOS SOCIALES:

Premio "Mérito a la Vocación", 1975, concedido por la Fundación Española de la Vocación.

Premio de erudición "Viera y Clavijo", 1980, concedido por el Cabildo Insular de Gran Canaria.

Premio extraordinario de Doctorado, correspondiente al curso académico 1979-1980.

Premio periodístico "Ciudad de Telde", 1982.

Premio periodístico "Monseñor Socorro Lantigua", 1992.

Premio de Investigación "Canarias-América", 1992.

Premio de Investigación "Juan Bautista Lorenzo", 1995.

Premio de Investigación "José Pérez Vidal", 1995.

Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Académico Correspondiente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Miembro Numerario del Instituto de Estudios Canarios.

Socio de Número del Museo Canario de Las Palmas.

Miembro Ponente Fundador del Primer Congreso Hispano-Africano de las Culturas Mediterráneas.

Socio Numerario del Centro de Estudios Inquisitoriales.

Socio correspondiente del Instituto Histórico y Geográfico de Santa Catarina (Brasil).

Vocal de la Comisión de Canarias para la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América.

Socio de Número de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria.

Representante del Gobierno de Canarias en la Comisión Gestora y en el Consejo Consultivo del Centro de Historia del Atlántico de Madeira.

Colaborador Honorario del Departamento de Historia Moderna de la Universidad de La Laguna en el curso 1975-1976.

Socio correspondiente del Instituto Histórico de Ilha Terceira (Azores).

Secretario del Museo Canario desde enero de 1988 hasta 1998.

Vicepresidente del Museo Canario desde el año 1998 hasta la fecha.

Miembro del Jurado de los Premios Canarias, modalidad Acercos Socio-Histórico y Patrimonio Artístico y Documental, convocados por el Gobierno de Canarias.

Miembro del Jurado de Premio Internacional "Millares Carlo", 1995, convocado por el Gobierno de Canarias.

Miembro del Jurado del Premio de Historia del Derecho y Económica "Peraza de Ayala", 1994 y 1996, convocado por el Gobierno de Canarias.

Director de la Revista "El Museo Canario".